*Una intimidad extrañada: tensiones entre lo público y lo privado en* Siete casas vacías *de Samanta Schweblin*

*LEYES NÚÑEZ, Paula Florencia / FFyL UBA - leyespaulaf@gmail.com*

*RAIDÉ, Ma. Gabriela / FFyL UBA - mgabrielaraide@gmail.com*

*Eje: Lugares comunes y vida privada: reformulaciones de la intimidad, lo familiar y lo cotidiano*

*Tipo de trabajo: ponencia*

* *Palabras claves: vida cotidiana - literatura argentina - fantástico*
* ***Resumen***

Como heredera de la tradición cuentística rioplatense, Samanta Schweblin construye sus relatos, fantásticos o no, con un pie sobre lo cotidiano: en sus cuentos, siempre actúa como aquello que sostiene el frágil hilo de la vida de los personajes, hasta que ocurre algo del orden de lo inverosímil que irrumpe, exponiendo, aunque sea por un segundo, que la trama de la mismidad diaria es también una pantalla, una construcción social orientada a contener el caos y la angustia. En este sentido, *Siete casas vacías* (2015) resulta paradigmático para pensar cómo las instituciones reguladoras de la vida privada (la casa, en donde se arraiga la familia) han ido perdiendo legitimidad en el último tiempo, debido a las transformaciones sociales y la reformulación de los vínculos que estas exigen. Así, la casa familiar construida y sostenida históricamente bajo el ideal del cuidado y el amor, es también un lugar de hostilidad donde habita lo siniestro, donde los hijos o los padres pueden volverse ajenos, desconocidos. Es el agotamiento del sentido dado en los vínculos tradicionales que expulsa a los personajes de sus casas, que los arrastra a estados límite de la conciencia en los que se ven interpelados en lo más hondo de su subjetividad, y sumergidos en una experiencia de crisis individual y social que los atraviesa, pero que a veces les cuesta nombrar, y consecuentemente significar. Esto nos lleva a preguntarnos sobre las formas en que estos personajes habitan —y son habitados— por esas casas; sobre aquello que los expulsa y los hace retornar, y sobre el lugar que paradójicamente ocupa el vacío en la vida de cada uno de ellos. En este trabajo, entonces, nos proponemos explorar las líneas de conflicto entre los espacios público y privado planteadas por algunos de los relatos, líneas en constante disputa y de transformación dinámica. Finalmente, la reflexión a partir de la lectura y el trabajo de los cuentos nos permitirá mirar nuestras propias prácticas cotidianas para cuestionarlas y desnaturalizarlas, para indagar nuestro propio presente y los modos de relacionarnos.

* ***Presentación***

En los cuentos que componen *Siete casas vacías* (2015)de Samanta Schweblin, lo cotidiano siempre actúa como el elemento que sostiene el frágil hilo de la vida de los personajes, es el conjunto de actividades que posibilita la reproducción de esos hombres y mujeres y, consecuentemente, la reproducción social. Sin embargo, a lo largo de los relatos, vemos cómo esa trama cotidiana se va rasgando a medida que ocurre algo del orden de lo inverosímil que irrumpe exponiendo, aunque sea por un segundo, que la mismidad del día a día no es más que una pantalla, una construcción social orientada a contener el caos y la angustia de la vida moderna. En este sentido, podemos inteligir que las “casas vacías” a las que alude el título del libro son una referencia a este mismo proceso: en cuanto institución heredada del siglo XIX, la casa familiar, idealmente construida y sostenida bajo la forma del cuidado y el amor, es también un lugar de hostilidad donde habita lo siniestro. Recordemos que lo siniestro, lo *Unheimlich* definido por Sigmund Freud (1919), constituye el reverso de la propia palabra *Heimlich* que, asimismo, lo contiene. Aunque originalmente lo *Heimlich* es aquello familiar, hogareño, existe sin embargo una acepción que lo emparenta con su antónimo, definido como “aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás” (p. 2484). Lo íntimo, entonces, es también lo oculto, aquello ligado al secreto y a los momentos en que el hogar se (nos) vuelve extraño, en que la casa familiar resulta hostil, en que los hijos o los padres o los suegros resultan ajenos, desconocidos.

* ***Nuevas vertientes del fantástico: público y privado***

Así como las narraciones canónicas del fantástico decimonónico requerían un elemento sobrenatural que devastase la cotidianidad ordenada de sus personajes, los relatos de Schweblin constituyen lo que podría ser un fantástico propio del siglo XXI, construido en torno al estar expectante que, según señala Fredric Jameson, “revela un mundo-objeto suspendido para siempre al borde la significación, dispuesto para siempre a recibir una revelación de maldad o de gracia que no llega nunca” (Jameson, 1989: 108). La narrativa de Schweblin vuelve una y otra vez sobre el momento en que lo inverosímil se incorpora a la realidad y a lo que efectivamente podría suceder, pero sin dejar de ser perturbador, lo cual a su vez nos interpela como lectores a cuestionar la propia vida.

Para seguir reflexionando sobre este asunto, en este trabajo nos centraremos particularmente en tres de los cuentos del volumen: “Nada de todo esto”, “Mis padres y mis hijos” y “Cuarenta centímetros cuadrados”, con el objetivo de pensar el problema del pasaje entre los espacios privado y público.

En primer lugar, hay algo del orden de la crisis que atraviesa a los personajes, en especial a los narradores, ya que a partir de las ideas organizadas como monólogos internos se dejan entrever las situaciones de caos e incertidumbre que están atravesando, lo cual, a su vez, los pone en lugares incómodos y extraños, y de los que no son totalmente conscientes. Esta perturbación del orden de las cosas cotidianas y la reacción ambigua de los narradores es lo que hace que, como lectores, nos sintamos interpelados: ocurren cosas terribles y a la vez no pasa nada; por un mínimo viraje del curso de los acontecimientos se desencadenan situaciones imprevisibles,que se convierten en abismo palpable pero imposible de significar:

Mi madre alza al caniche de Marga y lo sostiene arriba de su cabeza, girando sobre sí misma. Yo intento no quitar la visa de Marga para que de ninguna forma se vuelva hacia ellos.

-Quiero dejar toda esa locura atrás, Javier.

«Esta locura», pienso (p. 30)

En “Mis padres y mis hijos”, por ejemplo, “esta locura”, entonces, viene a dar cuenta de algún hecho de gravedad que nunca se explicita, una especie de núcleo vacío pero amenazante en torno al cual gira el texto.

Estas crisis, además, se despliegan en el recorrido del espacio íntimo al público, que de ahí en más servirá como el único espacio de acción posible. Es decir que la pérdida del lugar de lo íntimo conlleva un despliegue inevitable de las acciones hacia el espacio público, como única vía de escape. Debido al desmoronamiento de la idea de la casa como institución donde se constituye la familia, en cuanto lugar privilegiado de la felicidad, los personajes se ven expulsados hacia el exterior. Precisamente, los tres cuentos trazan un recorrido que comienza en lo familiar y termina en la noción abyecta de la falta de un sentido que organice sus vidas.

Así, en el comienzo de “Nada de todo esto”, nos enteramos de que madre e hija comparten, como un ritual, la actividad voyerista de espiar casas ajenas desde el interior de su auto, e incluso de llegar a intervenirlas. El cuento narra un episodio cúlmine en el que la madre de la narradora da un paso más allá al invadir el interior de la propiedad privada de una familia tipo, que a los ojos de ellas dos es todo lo que querrían ser y tener. Se sale entonces del espacio familiar del auto a un escenario externo en busca de algún sentido; se exponen las desigualdades y las miserias de los participantes, para volverse públicas. La desazón entonces abarca a todos y las posiciones se invierten: quienes miraban, serán ahora miradas; parte del goce está en exhibir la vida privada, en mostrarla en su desnudez.

En el segundo cuento, “Mis padres y mis hijos”, esta transición también es a la vez geográfica y corporal: por un lado, hay un desplazamiento de los personajes hacia un espacio que pretende conformar un hogar ficticio, y que falla en cumplir ese ideal de cohesión familiar. Con la idea de ver a sus hijos, el narrador se dirige con sus padres seniles a una casa de veraneo alquilada por su exmujer y la nueva pareja. Como era de esperarse, este objetivo de “unir a la familia” fracasa y, otra vez, la felicidad, evidentemente, se halla en otra parte. Según señala Sara Ahmed (2019), “la familia feliz es tanto un mito de felicidad (acerca de dónde y cómo tiene lugar la felicidad) como un potente dispositivo legislativo, un modo de distribuir tiempo, energía y recursos” (p. 97). Es decir que se constituye como algo deseable, aunque en verdad sea un ideal bastante difícil de alcanzar. Asimismo, el tránsito de lo privado a lo público se evidencia en la desnudez corporal: los padres “enfermos” del narrador, es decir, los abuelos de los chicos, juegan con sus cuerpos, explorando su deseo sin pudor, por fuera del corset de los mandatos sociales. Esto produce una perturbación doble: por una parte, porque se trata de la sexualidad de gente mayor, todavía tabú, y por la otra, por las consecuencias que podría llegar a tener el contacto entre esos cuerpos y los cuerpos infantiles, también desnudos. Sobrevuela el fantasma de la perversión sexual y el abuso, que escandaliza y asusta a la madre cuando se dan cuenta de que desaparecieron los padres del exmarido y, también, sus propios hijos, cuyas ropas van siendo encontradas en distintos lugares del jardín de la casa. Además, las descripciones minuciosas que nos propone el narrador se encargan de generar esta atmósfera de tensión sexual e incesto. En este sentido, es solo cuando acude la policía para salir a buscar a los **niños** por los alrededores, que el narrador se cuestiona la peligrosidad del acto: “Por primera vez me pregunto qué tan peligroso es que tus hijos anden desnudos con tus padres” (p. 36).

En “Cuarenta centímetros cuadrados”, nuestro último cuento, el desplazamiento de la narradora va de la casa de su suegra hacia el afuera, en busca de una farmacia donde comprarle aspirinas. El relato narra la angustia de este personaje frente a una vida estancada en la frustración: vive en la casa de su suegra desde hace un mes y medio, cuando, con su pareja, debieron volver desde España con los bolsillos vacíos y la cabeza gacha. Al salir, apela a su memoria para orientarse, debe re-conocer esa ciudad que la ve volver para encontrar una farmacia abierta a las diez de la noche, tarea nada fácil que la lleva a pensar mientras camina: en su pareja, en su suegra, en su propia madre; recuerda las cosas que ha dejado en cajas en algún punto de la ciudad antes de mudarse. Además, rememora la “historia horrible” que la suegra acaba de contarle y que es el motivo de su migraña: cansada del matrimonio y habiendo perdido el control sobre su vida, la mujer decide vender su anillo de casada, acto simbólico cuya repercusión psíquica es una especie de parálisis por la cual no puede volver a una casa de la que ya se siente desplazada. Experimenta una suerte de epifanía en la que cae en cuenta de que lo único que es, lo único que ocupa en el mundo, son cuarenta centímetros cuadrados. La historia, a la vez, resuena en la narradora, de algún modo la historia de su suegra y la suya convergen: la vida en una casa que no es la suya, con objetos que no son los suyos y con una madre que no es la suya la hacen tomar dimensión de su desamparo.

En estos tres relatos la pérdida de la casa es, además, una pérdida de sentido, que ni siquiera se puede verbalizar, porque si hay algo que también caracteriza a estos personajes es la imposibilidad de poner en palabras la angustia producida por el detrimento de la vida familiar organizada en torno al espacio íntimo. Hay un desgaste de los vínculos entre los personajes; si el afecto funciona como una forma de cohesión, aquí lo que encontramos es su falta. De este modo, la salida hacia el afuera que emprenden estos sujetos en busca, quizás, de algún tipo de sentido, tampoco encuentra respuesta, ya que parte de la experiencia posmoderna no se caracteriza por ser una experiencia totalizadora y de sentido unitario, sino, más bien, fragmentaria. Siguiendo a Michel de Certeau (1996), estos sujetos recorren “un ‘texto’ urbano que escriben sin poder leerlo” (p. 105), dibujan en el tiempo una figura que no consiguen interpretar.

Los cuentos de Schweblin sacan a la luz el agotamiento de las instituciones tradicionales de regulación de la esfera privada, para cuestionar el *status quo* de esos valores que ocupan un lugar normativo en las conciencias y que también se refleja en las acciones. La narradora de “Nada de todo esto” reflexiona:

Pero esto es exactamente lo que hacemos. Salir a mirar casas. Salir a mirar casas de los demás. Intentar descifrar eso ahora podría convertirse en la gota que rebalsa el vaso, la confirmación de cómo mi madre ha estado tirando a la basura mi tiempo desde que tengo memoria (p. 16).

Sin embargo, el intento por arribar a algún tipo de conclusión inteligible sobre su accionar y el de su madre queda, apenas, en el umbral, sin transformarse en un elemento verdaderamente significante.

Por su lado, Javier de “Mis padres y mis hijos” piensa:

Es una casa de verano, me digo, pero después pienso en la verdadera casa de mi mujer y mis hijos, la casa que antes también era mi casa, y me doy cuenta de que siempre fue así en esta familia, que todo fue poco y ordenado, que nunca sirvió de nada correr las perchas para encontrar algo más (p. 33)

De nuevo, parecería ya no existir un lazo profundo que nuclee a esa familia, que le aporte un sentido profundo; en cambio, la falta de afecto transforma a estos narradores en meros autómatas, cuyas reacciones no se condicen con el tenor de las situaciones que van atravesando. En este sentido, la narradora de “Nada de todo esto”, recién entonces, después de toda una vida de mirar casas, se da cuenta de lo “extraño” de la situación; así como Javier casi no se inmuta frente a la posibilidad de que sus hijos y sus padres se hayan perdido, sino que está más enfocado en observar los músculos del nuevo novio de la exesposa. Algo similar ocurre con la narradora de “Cuarenta centímetros cuadrados”, que cierra su relato con la propia imposibilidad:

Creo que debería ponerme de pie, que una vez en la baulera reconoceré la caja que necesito. Si me paro, no podré evitar ver cuánto ocupa realmente mi cuerpo. Y si miro el mapa -el mendigo lo acerca ahora un poco más, por si eso ayuda-, descubriré que en toda la ciudad, no hay ningún sitio que pueda señalarle (p. 103)

En esta escena, la chica toma conciencia del abismo que la rodea, pero este descubrimiento no la lleva, literalmente, a ninguna parte, ya que lo que descubre es menos un curso de acción definido que la falta de dirección de su vida actual.

* ***Ideas finales***

De acuerdo a lo que mencionamos, en la serie de cuentos que estuvimos analizando la vida cotidiana se construye como el lugar donde se produce y reproduce a sí misma, como el espacio de la continuidad. Pero a su vez, es ahí mismo donde también irrumpen las transformaciones: lo que vemos en estos relatos es que ese ámbito lejos está de configurarse como algo estable, sino que, por el contrario, lo que leemos es su crisis. Por ende, vemos cómo en esa vida cotidiana ocurren cambios desatados a partir de un hecho insignificante: casi sin saberlo, nuestros narradores tiran del hilo de sus vidas ordinarias y ven cómo se desteje esa trama idealizada de la familia y el hogar como lugares felices, y cómo el haber perdido el lazo cohesivo del vínculo fraterno repercute generando una falta de sentido en su existencia. A su vez, estos personajes son capaces de avistar la crisis y el desmoronamiento de lo que debía sostenerlos, pero el tránsito hacia esas nuevas formas de vida, que de algún modo todavía están por inventarse, no constituye un alivio, sino que más bien los aturde y bloquea su capacidad de agenciamiento. Es por esto que la única forma de lidiar con la ansiedad y la angustia propias de la vida posmoderna que generan estas situaciones es yendo hacia afuera de esas casas, corriendo los límites y viendo qué hay más allá. De algún modo, será la falta del sentido de pertenencia la que los expulse, pero también los impulse, al exterior.

* ***Adenda pandémica***

Originalmente, este trabajo fue pensado y escrito durante febrero y marzo, y presentado una semana antes de que la Facultad de Filosofía y Letras cerrara preventivamente frente a los contagios por el virus Covid-19; diez días antes, a su vez, de que el país se declarara en cuarentena obligatoria por el mismo motivo.

A la luz de las nuevas circunstancias y de la relectura y revisión del trabajo que presentamos, nos planteamos, evidentemente, preguntas sobre la vigencia o el desfasaje entre lo que escribimos en marzo y lo que venimos viviendo a lo largo de estos más de siete meses en cuarentenas de distinto tipo y rigor.

Por una parte, creemos que algunas de las cosas que propusimos para los textos de Schweblin siguen siendo rabiosamente actuales: por un lado, es un hecho concreto que, en la reclusión obligatoria, hubo un redescubrimiento de los espacios a habitar, así como de las personas u otros seres con los que convivimos: sonidos nuevos y molestos, presencias ominosas, trastornos de sueño y sentimientos de miedo forman parte, apenas, de una serie en desarrollo que hace a la habitabilidad de nuestros hogares. Como en los cuentos, entonces, lo *Heimlich* puede volverse definitiva e inexcusablemente *Unheimlich.*

Por otro lado, si en los relatos trabajados el punto de fuga era vaciar la casa y salir de ella, ¿qué es lo que sucede ahora, frente a esa imposibilidad? ¿Dónde encontramos refugio cuando ni el adentro ni el afuera son capaces de albergarnos y mantenernos seguros? En la actualidad de la gran mayoría, y a diferencia de lo que ocurría en los relatos de Schweblin, se impone, como modo de supervivencia, no la fuga sino la contención: nos vemos obligados a recrear el espacio de intimidad, a abrir un hueco dentro del mundo en que vivimos o, por lo menos, dentro de los cuarenta centímetros cuadrados que ocupa el cuerpo propio. En este sentido, las nuevas maneras de relacionarse a través de dispositivos, pantallas y plataformas, llevan inevitablemente a repensar sobre los límites entre la vida pública y la privada, que ahora aparecen superpuestas, porque la mayoría trabajamos en los mismos lugares donde transcurren los quehaceres cotidianos y las necesidades básicas de alimento, descanso y ocio. Frente a esta situación, se emprende un intento por delimitar, hacia el interior, esos dos aspectos, sin dudas ahora más permeables que antes. Hoy en día, la vida pública se construye según el fondo que elegimos para presentarnos frente a la cámara, porque de este modo construimos la imagen que queremos que el otro tenga de nosotros; porque, ¿quién dictaría una clase universitaria en un baño? Y aún si eso ocurriera, podría leerse definitivamente como un gesto, un signo del que se desprende una imagen de ese hipotético sujeto. En este punto, también los cuentos trabajados nos proponen ideas sobre las que vale la pena reflexionar una vez más, especialmente con respecto al goce que se desprende del mostrar la vida privada en su desnudez, o de ver el esqueleto de las vidas ajenas.

Si hace unos meses sosteníamos que “la única forma de lidiar con la ansiedad y la angustia propias de la vida posmoderna (...) es yendo hacia afuera de esas casas, corriendo los límites y viendo qué hay más allá”, más preciso sería decir ahora que los límites hay que correrlos hacia adentro, para ver qué hay en el *más acá.*

**Bibliografía**

Ahmed, Sara (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Trad. Hugo Salas. Buenos Aires: Caja Negra Editora.

Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer.* México: Universidad Iberoamericana. 1996.

Freud, Sigmund (1919). “Lo ominoso” en *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XVII. Argentina: Amorrortu editores.

Jameson, Frederic (1989). “Narraciones mágicas. Sobre el uso dialéctico de la crítica de los géneros” en *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor.

Schweblin, Samanta (2015). *Siete casas vacías*. Argentina: Páginas de Espuma.